

LIBRO VI

Jerarquía de las Ideas en Dios.

CAPITULO PRIMERO

CATEGORÍAS PLATÓNICAS

- I. Grados de las Ideas dentro de la unidad.—II. Clasificación de las Ideas.—III. Identidad de lo Uno con el Bien.

I

Las Ideas, ¿forman una jerarquía dominada por una Idea suprema que abraza todas las demás, ó subsisten cada una en sí misma, como otros tantos seres distintos? Notemos, por de pronto, que el fin de la dialéctica es descubrir en todo la unidad. Las contradicciones del mundo sensible, al despertar nuestra sorpresa, nos hacen concebir el mundo inteligible. Pero si hay en el segundo la misma multiplicidad que en el primero, ¿en qué difiere uno de otro? ¿Cómo lo inteligible puede explicar lo sensible? Platón ha perseguido la unidad con todas las fuerzas de su pensamiento; su dialéctica, su estética, su moral, su política, no son otra cosa que el análisis de la unidad y ¿se podrá

creer que, por la más inexplicable contradicción, Platón se detiene en la multiplicidad y se limita á doblar el mundo sensible, en lugar de reducir todas las cosas á un mismo principio? ¿No se le ha echado á Platón muchas veces en cara su amor exagerado á la unidad, y no sin alguna razón? ¿No se le ha comparado muchas veces á los Eleatas? ¿Qué significa este reproche, si, por otra parte, se pretende que las Ideas son seres diversos, principios múltiples é insuficientes de la pluralidad sensible? Esto es ser inconsecuente consigo mismo, y atribuir á Platón la propia inconsecuencia. Nadie llegará jamás á comprender que el autor del *Parménides* haya llegado á una especie de politeísmo metafísico, porque las tendencias todas de su filosofía se oponen á ello.

Y no sólo podemos invocar las tendencias: hay en Platón doctrinas formales que excluyen todas las interpretaciones de este género. El gran principio de la dialéctica platónica es que la *ciencia* es una, y como la naturaleza de la ciencia es idéntica á la de su objeto, parece evidente, á sus ojos, que la *verdad* es una. En el espíritu del hombre y en la naturaleza todo se relaciona; hay parentesco y unidad en todas las cosas. Partiendo de una sola Idea, se puede descubrir todo. Esta Idea, en efecto, en su estado de aislamiento, no satisface al espíritu; individual y limitada, supone otra cosa que la abraza y explique. Despierta en el alma el recuerdo de otras Ideas, con las cuales tiene una relación inmediata, y éstas, á su vez, suscitan otras reminiscencias. El alma, que en otro tiempo ha contemplado y como poseído lo universal, no puede estar satisfecha de todo lo que presenta todavía un carácter de particularidad. Esta ciencia confusa de lo universal, al cual incluye y envuelve, es suficiente-

mente desarrollada por una sola Idea. El alma misma, que conoce, no puede, á su vez, ser conocida, sin que la naturaleza del todo lo sea igualmente. En una palabra, Platón intenta hacer ver siempre la unidad de las Ideas.

Esto hace que Platón considere las Ideas particulares como simples suposiciones (*ὑποθέσεις*) que necesitan ser justificadas. El espíritu no reposa sino en el principio *exento de hipótesis, que se basta á sí mismo*. Platón nos muestra al dialéctico ascendiendo y descendiendo sucesivamente la escala de las Ideas, haciendo de una Idea muchas, y muchas de una sola; finalmente, encontrando un lazo de unión entre las cosas que más opuestas parecían.

Estudiando la comunicación de las Ideas, hemos llegado á esta conclusión: Es falso negar toda relación entre las Ideas; es igualmente falso establecer al azar relaciones inmediatas entre todas las Ideas, lo cual produce una confusión contraria á la ciencia; la verdadera ciencia consiste en determinar qué Ideas entran inmediatamente unas en otras, y qué Ideas necesitan de intermediarios para unirse. En último análisis, siempre se puede encontrar un lazo de unión y una relación entre dos Ideas, cualesquiera que ellas sean; esta relación puede ser inmediata ó mediata, y, en este último caso, hay que remontarse de Idea en Idea para hallar la unidad que concilia las diferencias. ¿Cuál es el sentido del *Parménides*, sino que todas las Ideas participan unas de otras, pero de un modo determinado y con un orden regular? No observar este orden, es acogerse á la sofística; hallar por un método lento y progresivo todos los términos medios que unen las Ideas sin confundirlas, es acogerse á la dialéctica. De aquí resulta entre las Ideas una je-

rarquía que no tiene nada de arbitraria, sino que reproduce, por el contrario, las relaciones eternas de las cosas. Para determinar completamente todos los grados de esta jerarquía, se necesitaría una ciencia universal; intentemos, sin embargo, con Platón, dar á conocer los más importantes.

II

Ante todo, recordemos que una Idea es superior á otra, no sólo porque es más general, sino porque es su razón, su principio de existencia y perfección. Las Ideas deben, pues, clasificarse, no con arreglo á la cantidad solamente, sino con arreglo á la cualidad. Si así es, colocaremos en el grado infimo de esta clasificación las Ideas de los géneros ó especies sensibles, primer producto de la inducción dialéctica. Las cosas más despreciables y viles tendrán sus Ideas, puesto que estas cosas son posibles y definibles. Los fenómenos del alma y las almas mismas, siendo superiores á las cosas corporales, suponen Ideas más elevadas en dignidad.

Estas dos primeras clases de Ideas se resumen en la Idea de cuerpo y en la Idea de alma. La primera es relativa á la segunda, toda vez que el alma es quien da á los cuerpos sus movimientos y sus formas. Las dos Ideas de lo *corporal* y de lo *espiritual* son dominadas por las Ideas del movimiento y del reposo.

Lo que los jonios han repetido con harta frecuencia es que hay movimiento en lo corporal; pero hay también reposo, puesto que los cuerpos caen bajo el dominio del conocimiento, y la pura movilidad no. En el conocimiento mismo, como en el objeto conocido, hay

movimiento y reposo. Si la inmovilidad fuese absoluta, el pensamiento humano no podría desenvolverse ni evolucionar. De otra parte, si todo fuese móvil en el pensamiento, nuestras nociones serían incesantemente mutables y el conocimiento se desvanecería al mismo tiempo que la existencia. Hay, pues, en el alma, como en el cuerpo, una mezcla de movimiento y reposo.

Movimiento y reposo suponen *número, espacio y tiempo*. A más de eso, lo que se mueve se convierte en *otro* de lo que era; lo que es inmóvil, permanece el *mismo*. Lo mismo y lo otro no pueden confundirse ni con el reposo ni con el movimiento. Porque el reposo es idéntico á sí mismo y distinto del movimiento, y otro tanto se puede decir de este último. «Lo que se atribuye en común al reposo y al movimiento no puede ser ni el reposo ni el movimiento.

Hay una quinta y gran Idea que se une á las anteriores: la del ser. Es mucho más general que el *reposo*, el *movimiento*, *lo mismo* y *lo otro*, y no se la puede confundir con estas Ideas sin incurrir en consecuencias absurdas. Por ejemplo, si lo *mismo* y el *ser* fuesen idénticos, decir que el movimiento y el reposo *son*, sería decir que son *los mismos*.

A la Idea del ser se une la del no-ser, que le es relativa, y estas dos Ideas se hallan en todos los géneros. «El ser es *uno*; el no-ser es múltiple hasta lo *infinito*.» Lo infinito es la materia, la unidad es la forma; ninguna de las Ideas que preceden está, pues, absolutamente exenta de materia, es decir, de multiplicidad. ¿Cómo había de ser de otro modo? En tanto que no se ha llegado al último grado de la dialéctica, en tanto que muchas Ideas permanezcan unidas, cada cual es *esto* y no *aquello*, es «*una en sí misma, y no es todas*

las demás cosas en número infinito; tiene algunas cualidades positivas, pero no una infinidad de ellas. El principio de la forma no domina completamente á la materia; las formas inteligibles, determinadas hasta cierto punto, dejan fuera de sí como un abismo de determinaciones que no tienen. Esto no es la verdadera universalidad, la cual lo abraza todo, al menos todo lo que es positivo, y hasta, en sentido ideal, todo lo negativo.

Examinemos, pues, los géneros que preceden, y averiguemos si no hay nada superior á ellos. Lo más general es el ser. Ahora bien; el *ser*, en cuanto que es objeto de conocimiento, se llama también *verdad*. Todo lo que *es*, es *verdadero*. A la *verdad* del objeto corresponde en el sujeto la ciencia. Verdad, ciencia, ser, expresan, pues, diversas relaciones de la misma Idea con otras Ideas inferiores. Todas las cosas de que hemos hablado hasta ahora no existen sino á condición de reunir en sí una forma y una materia, la unidad y la multiplicidad, en algún respecto. Las relaciones más próximas á la unidad, las que más participan de ella y mejor la expresan por su simplicidad misma, constituyen la proporción y la armonía ó el *orden*. Así, los tres sonidos musicales que forman el acorde perfecto, son los que ofrecen relaciones más sencillas y más lindantes con la unidad. El ser, la verdad, el orden, concebidos no solamente como objeto de la inteligencia, sino como objeto del amor, toman el nombre de *belleza*. En todo lo que existe hay verdad, proporción y belleza, pero en grados diversos. Cuanto más nos acercamos á la unidad, más aumentan la verdad, la belleza y la armonía. En su relación con la voluntad y con las acciones de los hombres, la proporción y la belleza constituyen lo justo; y la justicia también

aumenta á medida que la armonía de las facultades en el alma y la armonía de los individuos en la sociedad se acercan á la unidad ideal. Por encima de todos los géneros hallamos, pues, siempre la unidad; ¿y no será este el género supremo, la Idea primitiva que envuelve á las demás?

III

Considerad en su conjunto todas las Ideas, y esta Idea nueva, fuera de la cual no hay nada inteligible, tendrá un carácter evidente de universalidad. Todas las determinaciones que, consideradas en particular, constituían tal ó cual Idea especial, ahora reunidas en su orden verdadero, se completan una á otra y forman un conjunto cuya realidad es perfecta. Pero esta palabra *conjunto*, que parece indicar una colección, una totalidad, no debe ilusionarnos. La Idea de las Ideas no es divisible en cierto número de partes; las diferencias y las divisiones que se introducen en el seno de su unidad no tienen nada de análogo á las divisiones materiales. Quien dice Idea dice cierto orden de objetos considerados en su pureza y simplicidad absolutas. Ahora bien; las cualidades y las formas no se oponen unas á otras, sino en el estado de mezcla é imperfección; elevadas á su grado supremo, y en lugar de la oposición, observaréis la armonía y la unidad, porque la perfección de una cosa es idéntica á la perfección de todas las demás cosas.

La Unidad de Platón no es la que nace del vacío absoluto, sino la que nace de la plenitud absoluta. No es este el último grado de la abstracción y de la indeterminación, sino la determinación suprema. Cuan-

do consideramos todas las cosas desde este punto de vista de la perfección, que es á la vez universal é indivisible, la Unidad nos aparece como enteramente idéntica al Bien. Platón nos lo repite á cada instante; en todas las cosas donde está el bien, está la unidad. Su moral, su política, su estética, su dialéctica, no tienen otra conclusión. El pensamiento no reposa, dice, sino cuando ha llegado á un principio universal, incondicional, bastándose á sí mismo. «Mas ¿qué?, dice en el *Filebo*, ¿acaso lo que se basta á sí mismo no es el bien? ¿Cómo habría de suceder lo contrario? Este es el carácter distintivo del bien con relación á todas las demás cosas.» Y en el VI libro de la *República*, Platón nos dice formalmente que el principio exento de hipótesis, que sólo se justifica por sí mismo porque en sí mismo tiene su razón, es la Idea del Bien.